

# Terrorismo, información y propaganda

Los medios han de extremar su responsabilidad social para sobreponerse al miedo colectivo, no magnificar equivocadamente el impacto del terror, saberlo calibrar para no minusvalorarlo y no alimentar la visceralidad. Y prestarle la debida atención a las víctimas.

## LOURDES PÉREZ

Las jornadas sobre 'Democracia y Terrorismo' a las que fui amablemente invitada a participar coincidieron con el 21º aniversario de uno de los atentados más sangrientos de ETA, el provocado por la devastadora explosión de un coche-bomba al paso de dos autobuses de la Guardia Civil en la plaza de la República Dominicana de Madrid. En aquella despiadada acción murieron 12 agentes y otros 77 ciudadanos resultaron heridos. Las víctimas pasaron a engrosar las listas anónimas del terror de ETA; nombres que hoy sólo perduran con toda la intensidad de la existencia vivida y brutalmente arrebatada en la memoria de sus familiares, amigos y compañeros. Es probable que, paradójicamente, nos

resulten menos ajenas las identidades de los activistas que perpetraron el atentado: Antonio Troitiño, el 'arrepentido' Soares Gamboa, Idoia López Riaño y José Ignacio de Juana Chaos. La biografía de este último ha aparecido desgranada al detalle en los medios de comunicación a lo largo del año, por razones de sobra conocidas. La atención hacia sus víctimas ha sido notablemente menos intensa.

Ésta constituye la consecuencia más perniciosa, a mi juicio, de la proyección pública de los terroristas, sea cual sea su carácter, dimensión y ejecutoria, y el principal reto al que se enfrentan los medios de comunicación: el solapamiento de la dolorosa realidad de las víctimas tras la cortina de las referencias, en ocasiones difundi-

Lourdes Pérez es jefa de Opinión de Vocento.

das profusamente, que aluden a quienes han convertido la amenaza y el asesinato en su razón de ser. En el terror que nos ha tocado sufrir más de cerca, el practicado por ETA, casi siempre hemos sabido más de los verdugos que de quienes padecían sus acciones, salvo en aquellos casos en las que éstos disfrutaban de un relevante protagonismo social, habían asumido responsabilidades políticas o su homicidio provocó una cerrada reacción institucional y ciudadana, como ocurrió hace 10 años con el secuestro y el asesinato de Miguel Ángel Blanco. En muchas de las sentencias reproducidas, los periodistas hemos consignado, como debíamos, el nombre de los acusados, pero no siempre el de los damnificados por sus acciones criminales. Y en no pocas ocasiones, hemos redactado perfiles de los terroristas dejándonos contagiar, involuntariamente, de la pretendida épica, del aura heroica, que los terroristas tratan de conferir a todos y cada uno de sus actos.

Ese objetivo lo persigue ETA, pero también Al Qaeda cada vez que difunde un vídeo protagonizado por Bin Laden o por sus lugartenientes. La descripción incorrecta, inexacta o directamente exagerada, que han efectuado en ocasiones los relatos periodísticos sobre el potencial destructor de los terroristas, o sus supuestas habilidades en su intolerable ejecutoria, no sólo ha contribuido a magnificar gratuitamente el ya de por sí tremen-

do impacto del terror. También han difuminado implícitamente el sufrimiento de las víctimas, reducidas durante años a un nombre vacío de contenido en los listados oficiales, como si no les hubieran privado de una existencia plena de expectativas, ilusiones, sinsabores, vivencias al cabo. Siempre, desde la insoportable sucesión de atentados en los 'años de plomo', hemos contado más sobre los verdugos que sobre sus víctimas. Pero asumiendo esta crítica de partida, es preciso constatar que no resulta tarea sencilla para la prensa afrontar las informaciones sobre los terroristas y sus pretensiones; encontrar el tono y la medida precisos para que la inevitable y necesaria redacción de la noticia, o la difusión del vídeo o del comunicado elaborados por los artífices del terror, no acaben coadyuvando al interés propagandístico que alienta, sin duda, a sus autores. Y no es fácil no sólo por la singularidad de ese tratamiento informativo, que compromete tanto la línea editorial de la mayoría de los medios de comunicación en una sociedad libre y democrática, como la propia función social que desempeñan.

También lo es por las propias características de nuestro trabajo cotidiano y por el protagonismo que los terroristas acostumbran a tener ganado de antemano. Por una parte, las redacciones están condicionadas por la dictadura del reloj, que no siempre deja margen para evaluar deteni-

damente las informaciones, plasmar el titular más preciso y depurado y procurar una elaboración ajustada a los hechos que no rebase las fronteras de la propaganda. Las exigencias de las prisas se han endurecido con la progresiva tecnificación de la televisión y de la radio, cada vez más inmediatas. Y también con la proliferación posterior de los medios digitales, que han ofrecido un inmejorable soporte a los terroristas para extender el miedo que provoca su amenaza, en ocasiones incluso sin necesidad de consumarla. Por otra, y perdón por la frivolidad, los terroristas no tienen gabinete de prensa. Es decir, un periodista puede atesorar un conocimiento muy certero sobre el funcionamiento, la orientación de las acciones y los objetivos de una organización terrorista, pero raramente dispondrá del mismo por testimonio directo, sino que lo habrá obtenido por personas interpuestas, por la experiencia que proporciona una prolongada cobertura profesional de sus acciones, por los datos contenidos en las condenas judiciales o por el análisis de la documentación incautada. Lo que significa que las dificultades que de por sí ha de encarar cualquier reportero para comprobar las informaciones que consigue, contrastar su veracidad e identificar las pretensiones últimas de sus protagonistas se intensifican cuando aquéllas se centran en la maquinaria del terror. Por poner un ejemplo próximo en el tiem-

po, cabe preguntarse en cuántas ocasiones los medios favorecimos la vocación propagandística de ETA cada vez que hizo uso de su delirante retórica antes de decretar su último alto el fuego, cuando éste era, en realidad, el único anuncio realmente relevante y auténticamente noticioso. Y cuántas veces hemos dotado del contenido del que carecían los discursos de su entorno político.

Esto nos enfrenta seguramente a la vieja y nunca resuelta controversia sobre si la prensa ayuda a amplificar las destructivas consecuencias del terror y si, por consiguiente, debería silenciar sus mensajes y atemperar la cobertura de sus amenazas y atentados. Siempre he desconfiado de quienes han sugerido, o planteado abiertamente, el silencio de los medios y de sus periodistas; sobre todo, porque el consejo o la admonición acostumbra a provenir de gobiernos en apuros o de dirigentes políticos con intereses no del todo confesables. Es cierto que la proyección pública, mediática, de los atentados puede agrandar y agravar la trascendencia que persiguen sus responsables. ¿Pero es realmente posible evitarlo sin vulnerar el derecho a informar y a recibir información? ¿Dónde está el límite y quién lo decide?

El terrorismo se ha adecuado a las ventajosas capacidades técnicas y mediáticas de un mundo global. De hecho, fue la propia mundialización de la comunicación la que nos permitió



“Siempre he desconfiado de quienes han sugerido, o planteado abiertamente, el silencio de los medios y de sus periodistas”.

a todos y cada uno de nosotros, desde cualquier lugar del planeta, contemplar el derrumbamiento del World Trade Center el 11 de septiembre de 2001. Y es una evidencia que Bin Laden administra sus comparencias, a través de vídeos que difunden una puesta en escena tan pobremente sobria como fanáticamente elocuente. El líder de Al Qaeda pretende inocular el temor de lo desconocido, a un horror que en su propia concepción nos resulta tan ajeno como desasosegante. Y cuya dimensión planetaria nos obliga, también como profesionales de la prensa, a afrontar las consecuencias de una nueva forma de violencia, el relato de una nue-

va inseguridad colectiva que deriva no sólo de los instrumentos de ataque empleados, sino de la voluntad inequívoca de quienes lo utilizan de morir matando. Nos obliga a relatar por tanto, como ocurrió en el 11 de marzo en Madrid, el horror más absoluto. Y al sobreesfuerzo de poner nombre, de identificar para su justo recuerdo, a unas víctimas que lo son masivamente. Los terroristas de ETA también han sabido cómo modular sus mensajes ante la opinión pública. Cómo combinar sus engañosos discursos con entrevistas en sus medios afines, o con los comunicados de última hora que fuerzan a los medios a rebotarlos y dotarlos de relieve sin que en ocasiones se haya podido conocer su literalidad hasta el día siguiente; cómo manejar la estética en cada declaración de distensión, cambiando las siniestras capuchas negras por unas blancas aparentemente más inocuas.

Sabemos que el terror se ampara en el inevitable altavoz de la prensa, aun cuando, en una paradoja tremenda, desprecie hasta tal punto a sus profesionales para considerarles potenciales objetivos de su violencia. Esa prensa, nuestra prensa, se ha perfeccionado técnicamente, ha acelerado la proyección ante la ciudadanía de sus contenidos, ha ampliado y reforzado su capacidad para comunicar. Pero ese viaje ha sacrificado en no pocas ocasiones la experiencia y, sobre todo, el rigor informativo. Los periodistas estamos obligados a informar

sobre el terrorismo; con toda cautela, mesura y solidez, estamos obligados a hacerlo. Pero en nuestra labor cotidiana sí deberíamos ser conscientes de los riesgos que conlleva dar voz a quienes extorsionan y matan, de la frágil línea que, en este caso más peligrosamente que en otros, separa la noticia de la propaganda, la identificación objetiva del asesino de su descripción errónea como una especie de héroe con causa. La difusión de lo que dicen y de lo que piensan los terroristas nos confronta, por ello, con dos problemas en nuestro quehacer cotidiano.

El primero, cómo eludir que lo que contamos o simplemente reproducimos no aliente un sentido de la épica del terror, una justificación de lo que resulta injustificable, una dañina normalización de lo anormal. El segundo problema es la credibilidad que se concede al mensaje de los terroristas, especialmente cuando se abren –y se rompen– expectativas sobre el final de la violencia. La experiencia demuestra que quienes practican el terror no sólo matan, también pueden mentir. Es posible que su relato de unos hechos que los periodistas estamos incapacitados para poder calibrar con indiscutible exactitud pueda estar dotado de veracidad. También que existan medios proclives a anteponer la supuesta verosimilitud de lo que cuentan los terroristas. Pero esa estrategia, debemos saberlo, comporta riesgos que generalmente

tienen poco que ver con el respeto a la objetividad periodística.

Los escollos no radican tanto en la necesidad que sienten los terroristas de difundir lo que piensan y lo que hacen, sino en cómo evitar que su discurso se imponga invariablemente al de las víctimas, hurtando a éstas su visibilidad pública. En cómo impedir que ese mensaje se vea amplificado por la concesión periodística de una legitimidad social y política de la que el terror carece. Quienes cometen un atentado no son protagonistas equiparables a los de otras noticias, no pueden serlo. No pueden gozar del mismo trato aséptico y escéptico. Los medios han de extremar su responsabilidad social para sobreponerse al miedo colectivo, no magnificar equivocadamente el impacto del terror, saberlo calibrar para no minusvalorarlo y no alimentar la visceralidad. Sin que el rigor signifique asepsia. Y no sólo pueden, sino que deben evaluar críticamente las actuaciones políticas, institucionales o incluso militares –en el caso de la llamada ‘guerra preventiva’ contra el terrorismo global– que puedan llevarse a cabo para intentar acabar con la violencia. Los gobiernos españoles han encarado ya tres experiencias fallidas para tratar de buscar una salida dialogada a la violencia de ETA. Pero no deberíamos olvidar en último extremo, en el legítimo e imprescindible ejercicio de nuestro derecho a la crítica, quiénes son los culpables originales y el nombre de sus víctimas. ♦